

Índice

Prólogo	
Mauro Armiño	9
Cronología	53
Bibliografía	59
Nota sobre la edición	63

CUENTOS COMPLETOS EN PROSA Y VERSO

El mozo de cuerda tuerto	69
Cosi-Sancta	74
El cabronismo	80
El candado	84
La mula del papa	88
Sueño de Platón	91
Micromegas	94
Así va el mundo	111
Zadig, o el Destino	126
Memnón, o la Sabiduría humana	189
Carta de un turco	194
Historia de los viajes de Escarmentado	197
Los dos consolados	204
Cándido, o el Optimismo	206
Historia de un buen brahmín	289

Relación de la enfermedad, confesión, muerte y aparición del jesuita Berthier	292
El pobre diablo	302
Lo que agrada a las damas	319
La educación de un príncipe	335
Gertrudis, o la Educación de una niña	344
Telema y Macario	349
Azolán, o el beneficiado	353
El origen de los oficios	356
El blanco y el negro	359
Jeannot y Colin	371
Popurrí	379
Diálogo del Capón y la Pularda	396
Del horrible peligro de la lectura	402
Conversación de Luciano, Erasmo y Rabelais en los Campos Elíseos	405
Pequeña digresión	412
Aventura india	414
El Ingenuo	417
La princesa de Babilonia	477
El hombre de los cuarenta escudos	541
Mujeres, ¡sed sumisas con vuestros maridos!	599
Las cartas de Amabed, etc.	603
Providencia	646
La displicente	649
El toro blanco	656
Aventura de la memoria	687
Elogio histórico de la Razón	691
Las rentas de una monarquía	700
El domingo, o las hijas de Mineo	705
Las orejas del conde de Chesterfield y el capellán Goudman	717
Historia de Jenni, o el Sabio y el Ateo	735
Sesostris	792
El sueño vano	796
Notas	799

El mozo de cuerda tuerto

Nuestros dos ojos no vuelven mejor nuestra condición; uno nos sirve para ver los bienes, y el otro los males de la vida. Mucha gente tiene la mala costumbre de cerrar el primero, y muy pocos cierran el segundo; por eso hay tanta gente que preferiría estar ciega a ver todo lo que ve. ¡Felices los tuertos que sólo están privados de ese mal ojo que echa a perder todo lo que mira! Mesrur¹ es un ejemplo.

Habría sido preciso ser ciego para no ver que Mesrur era tuerto. Lo era de nacimiento; pero era un tuerto tan contento con su estado que nunca se le había ocurrido desear otro ojo. No eran los dones de la fortuna los que lo consolaban de los entuertos de la naturaleza, porque era un simple mozo de cuerda² y no tenía más tesoro que sus espaldas; mas era feliz, y demostraba que un ojo de más y una pena de menos contribuyen bien poco a la felicidad. El dinero y el apetito siempre le llegaban en proporción a la tarea que hacía; trabajaba por la mañana, comía y bebía por la tarde, dormía de noche, y miraba todos sus días como otras tantas vidas separadas, de suerte que la preocupación por el futuro nunca le perturbaba el goce del presente. Como podéis ver, era a un tiempo tuerto, mozo de cuerda y filósofo.

Por azar, vio pasar en una brillante carroza a una gran princesa que tenía un ojo más que él, cosa que no le impidió encontrarla muy hermosa, y, como los tuertos sólo difieren del resto de los hombres en que tienen un ojo de menos, se enamoró locamente. Tal vez alguien diga que, cuando uno es mozo de cuerda y tuerto, no hay que

enamorarse, sobre todo de una gran princesa, y, lo que es más, de una princesa que tiene dos ojos; convengo en que es muy de temer no agradar; sin embargo, como no hay amor sin esperanza, y como nuestro mozo de cuerda amaba, esperó.

Como tenía más piernas que ojos, y además eran buenas, siguió durante cuatro leguas la carroza de su diosa, de la que tiraban con gran rapidez seis grandes caballos blancos. En aquel tiempo, la moda entre las damas era viajar sin lacayo ni cochero y guiar ellas mismas: los maridos querían que siempre fuesen solas, para estar más seguros de su virtud, cosa directamente opuesta a la opinión de los moralistas, que dicen que en la soledad no hay virtud.

Mesrur seguía corriendo junto a las ruedas de la carroza, volviendo su ojo bueno hacia la dama, sorprendida de ver a un tuerto con aquella agilidad. Mientras él demostraba así que uno es infatigable porque ama, una bestia salvaje, perseguida por unos cazadores, cruzó el camino real y espantó a los caballos que, con el bocado entre los dientes, arrastraban a la hermosa hacia un precipicio. Su nuevo enamorado, más espantado todavía que ella, aunque ella lo estuviese mucho, cortó los tiros con maravillosa destreza; los seis caballos blancos dieron solos el salto peligroso, y para la dama, que no estaba menos blanca que ellos, todo quedó en susto. «Quien quiera que seáis, le dijo, nunca olvidaré que os debo la vida; pedidme cuanto queráis; cuanto tengo es vuestro. — ¡Ah!, con mayor razón puedo ofreceros otro tanto, respondió Mesrur; mas, si os lo ofreciera, siempre os ofrecería menos, porque sólo tengo un ojo y vos tenéis dos; pero un ojo que os mira vale más que dos ojos que no ven los vuestros.» La dama sonrió, porque las galanterías de un tuerto no dejan de ser galanterías, y las galanterías siempre hacen sonreír. «Querría poder daros otro ojo, le dijo, pero sólo vuestra madre podía haceros ese regalo; pese a todo seguidme.» Tras estas palabras, se apea de su carruaje y prosigue el camino a pie; también bajó su perrillo, que caminaba junto a ella ladrando a la extraña figura de su escudero. Hago mal dándole el título de escudero, porque, por más que le ofreció el brazo, nunca quiso la dama aceptarlo so pretexto de que estaba demasiado sucio; y vais a ver que fue víctima de su limpieza. Tenía unos pies muy pequeños, y unos zapatos más pequeños todavía que sus pies, de modo que no estaba ni hecha ni calzada para soportar una larga caminata.

Unos pies bonitos consuelan de tener malas piernas cuando se pasa la vida en una tumbona en medio de un tropel de petimetres; pero ¿para qué sirven unos zapatos bordados de lentejuelas en un camino de piedras donde únicamente puede verlos un mozo de cuerda, y encima un mozo de cuerda que sólo tiene un ojo?

Melinade (ése es el nombre de la dama; mis razones he tenido para no decirlo hasta ahora, porque aún no estaba inventado) avanzaba como podía, maldiciendo a su zapatero, desgarrando sus zapatos, desollándose los pies y haciéndose esguinces a cada paso. Hacia hora y media poco más o menos que caminaba al paso de las grandes damas, es decir, que ya había hecho cerca de un cuarto de legua, cuando cayó rendida de fatiga.

El Mesrur, cuya ayuda había rechazado mientras estaba de pie, dudaba en ofrecérsela por temor a ensuciarla si la tocaba: sabía que no estaba limpio, la dama se lo había dado a entender con suficiente claridad, y la comparación que en el camino había hecho entre él y su amada se lo había demostrado más claramente todavía. Llevaba ella un vestido de un ligero paño de plata, sembrado de guirnaldas de flores, que hacía resplandecer la belleza de su talle; y él, un blusón pardo manchado en mil puntos, agujereado y remendado de suerte que los remiendos estaban al lado de los rotos, y no encima, donde sin embargo habrían estado más en su sitio. Él había comparado sus manos nerviosas y cubiertas de callosidades con dos manitas más blancas y delicadas que los lirios. Había visto, por último, los hermosos cabellos rubios de Melinade, que escapaban a través de un ligero velo de gasa, unos realzados en trenza y otros en rizos; a su lado, él sólo podía poner unas crines negras, erizadas y crespas, que por único adorno sólo tenían un turbante destrozado.

Mientras tanto, Melinade intenta levantarse, mas no tarda en volver a caer, y con tan mala fortuna que lo que enseñó a Mesrur privó a éste de la poca razón que la vista del rostro de la princesa había podido dejarle. Olvidó que era mozo de cuerda, que era tuerto, y únicamente pensó en la distancia que la fortuna había puesto entre Melinade y él; y no recordó siquiera que era un enamorado, porque faltó a la delicadeza que dicen inseparable de todo verdadero amor, y que a veces constituye su encanto y en la mayoría de las ocasiones su hastío; se sirvió de los derechos que a la brutalidad le daba su es-

tado de mozo de cuerda, fue brutal y feliz³. Sin duda la princesa se hallaba entonces desvanecida, o gemía lamentando su destino; pero, como era justa, a buen seguro bendecía al destino según el cual todo infortunio lleva consigo su consuelo.

La noche había extendido sus velos sobre el horizonte y ocultaba con su sombra la verdadera dicha de Mesrur y las presuntas desgracias de Melinade⁴; Mesrur saboreaba los placeres de los perfectos amantes, y los saboreaba como mozo de cuerda, es decir (para vergüenza de la humanidad) de la forma más perfecta; los desmayos de Melinade la ganaban a cada instante, y a cada instante su amante recuperaba fuerzas. «Poderoso Mahoma, dijo una vez como hombre fuera de sí, pero como mal católico, a mi felicidad sólo le falta que la sienta también quien la causa; mientras estoy en tu paraíso, divino profeta, concédeme otro favor, ser a los ojos de Melinade lo que ella sería a mi ojo si fuera de día.» Acabó de rezar, y siguió gozando. La Aurora, siempre demasiado diligente para los amantes, sorprendió a Mesrur y a Melinade en la actitud en que ella misma habría podido ser sorprendida, un momento antes, con Titono⁵. Mas ¡cuál no sería el asombro de Melinade cuando, al abrir los ojos con los primeros rayos de la aurora, se vio en un lugar encantado con un joven de noble porte, y de rostro que se parecía al astro cuyo retorno esperaba la tierra! Tenía mejillas de color rosa y labios de coral; sus grandes ojos, tiernos y vivos a un tiempo, expresaban e inspiraban la voluptuosidad; su aljaba de oro, adornada de pedrerías, colgaba de sus hombros, y sólo el placer hacía resonar sus flechas; su larga cabellera, retenida por un lazo de diamantes, flotaba libre sobre sus caderas, y un paño transparente, bordado de perlas, le servía de indumentaria sin ocultar nada de la belleza de su cuerpo. «¿Dónde estoy, y quién sois vos?, exclamó Melinade en el colmo de su sorpresa. — Estáis, respondió él, con el miserable que ha tenido la dicha de salvaros la vida, y que se ha cobrado sobradamente su esfuerzo.» Tan asombrada como encantada, Melinade lamentó que la metamorfosis de Mesrur no hubiera empezado antes. Se acerca a un brillante palacio que hería su vista y lee esta inscripción sobre la puerta: «Alejaos, profanos; estas puertas sólo se abrirán para el dueño del anillo⁶.» Mesrur se acerca a su vez para leer la misma inscripción, pero vio otros caracteres y leyó estas palabras: «Llama sin temor». Llamó, y al punto las

puertas se abrieron por sí mismas con gran estrépito. Los dos amantes entraron, al son de mil voces y mil instrumentos, en un vestíbulo de mármol de Paros; de allí pasaron a una sala magnífica, donde los aguardaba un delicioso festín desde hacía mil doscientos cincuenta años sin que ninguno de los platos se hubiera enfriado todavía; se sentaron a la mesa, y cada uno fue servido por mil esclavos de la mayor hermosura; la comida estuvo acompañada de conciertos y danzas; y cuando hubo acabado, todos los genios acudieron con el mayor orden, repartidos en diferentes grupos, con atavíos tan magníficos como singulares, a prestar juramento de fidelidad al amo del anillo, y a besar el dedo sagrado de quien lo llevaba.

Había sin embargo en Bagdad un musulmán muy devoto que, como no podía ir a lavarse en la mezquita, se hacía traer el agua de la mezquita a casa a cambio de una pequeña retribución que pagaba al sacerdote. Acababa de hacer la quinta ablución, para disponerse a la quinta plegaria, cuando su criada, joven aturdida muy poco devota, se desembarazó del agua sagrada arrojándola por la ventana. Fue a caer sobre un desgraciado profundamente dormido sobre la esquina de un mojón que le servía de cabecera. Fue inundado y se despertó. Era el pobre Mesrur quien, de regreso de su morada encantada, había perdido en su viaje el anillo de Salomón. Se había quitado sus ricas vestiduras y puesto el blusón; su hermosa aljaba de oro se había trocado en la escalerilla de madera, y, para colmo de desgracia, había perdido uno de sus ojos en el camino. Volvió a recordar entonces que la víspera había bebido gran cantidad de aguardiente que había abotargado sus sentidos y calentado su imaginación. Hasta entonces había apreciado ese licor por gusto; ahora empezó a amarlo por gratitud, y volvió alegremente a su trabajo, muy decidido a gastarse el jornal en comprar los medios para encontrar de nuevo a su querida Melinade. Cualquier otro se hubiera afligido por ser un maldito tuerto después de haber tenido dos hermosos ojos, por sufrir el rechazo de las barrenderas de palacio después de haber gozado los favores de una princesa más hermosa que las amadas del califa, y por estar al servicio de todos los burgueses de Bagdad después de haber reinado sobre todos los genios; pero Mesrur no tenía el ojo que ve el lado malo de las cosas.

Cosi-Sancta

Un pequeño mal por un gran bien

Cuento africano

Es máxima falsamente asentada que no está permitido hacer un mal pequeño del que podría resultar un bien mayor. San Agustín compartía totalmente esta opinión, como es fácil ver por el relato de esta pequeña aventura ocurrida en su diócesis durante el proconsulado de Septimio Acindino, y referida en el libro *La ciudad de Dios*¹.

Había en Hipona un viejo cura gran inventor de cofradías, confesor de todas las jóvenes del barrio, y que pasaba por ser hombre inspirado por Dios, porque se dedicaba a echar la buenaventura, oficio que ejercía bastante bien.

Cierto día le llevaron una joven llamada Cosi-Sancta: era la criatura más hermosa de la provincia. Tenía un padre y una madre jansenistas que la habían educado en los principios de la más rígida de las virtudes; y de todos los enamorados que había tenido, ni uno siquiera había podido causarle un momento de distracción en sus oraciones. Desde hacía unos días estaba apalabrada a un viejecillo acartonado, llamado Capito, consejero del tribunal de primera instancia de Hipona. Era un hombrecillo desabrido y triste que no carecía de ingenio, pero que era afectado en la conversación, burlón y bastante amigo de las bromas pesadas; celoso además como un veciano, por nada del mundo habría aceptado mantener amistad con los galanes de su mujer. La joven criatura hacía cuanto podía por amarle, puesto que debía ser su marido; lo intentaba con la mejor fe del mundo y, sin embargo, no lo conseguía.

Fue a consultar al cura para saber si su matrimonio sería feliz. El

buen hombre le dijo en tono de profeta: «Hija mía, tu virtud causará muchas desgracias, pero un día serás canonizada por haber hecho tres infidelidades a tu marido».

Semejante oráculo asombró e inquietó cruelmente la inocencia de la hermosa niña. Lloró; pidió que se lo explicaran, creyendo que esas palabras escondían algún sentido místico; mas toda la explicación que le dieron fue que las tres veces no debían entenderse como tres citas con el mismo amante, sino como tres aventuras distintas.

Cosi-Sancta puso entonces el grito en el cielo; llegó a injuriar varias veces al cura, y juró que nunca sería canonizada. Sin embargo lo fue, como vais a ver.

Se casó poco después: la boda fue muy galante; soportó bastante bien todos los aburridos discursos que hubo de sufrir, todos los equívocos sin gracia, todas las groserías bastante mal disfrazadas con que se suele poner en aprieto el pudor de las recién casadas. Bailó de buena gana con algunos jóvenes muy apuestos y guapos, a los que su marido encontraba el peor aspecto del mundo.

Se metió en la cama con el pequeño Capito con cierta repugnancia. Pasó una gran parte de la noche durmiendo, y se despertó muy soñadora. Mas el centro de su sueño no era tanto su marido como un joven, llamado Ribaldos, que se le había metido en la cabeza sin darse cuenta. Aquel joven parecía formado por las manos del Amor: tenía todas sus gracias, su audacia y picardía; era algo indiscreto, mas sólo con las mujeres que lo querían bien: era el niño bonito de Hipona. Había conseguido que todas las mujeres de la ciudad estuviesen peleadas entre sí, y él lo estaba con todos los maridos y todas las madres. De ordinario amaba por atolondramiento y un poco por vanidad; pero a Cosi-Sancta la amó por gusto; y la amó con mayor frenesí porque su conquista era más difícil.

Como hombre avisado, primero se dedicó a agradar al marido. Tenía con él mil miramientos, lo elogiaba por su buena cara y por su ingenio fácil y galano. Le dejaba ganar en el juego y todos los días tenía alguna confianza que hacerle. A Cosi-Sancta le parecía el hombre más amable del mundo. Ya lo amaba más de lo que creía; ni siquiera lo sospechaba, pero su marido lo sospechó por ella. Aunque tuviese todo el amor propio que un hombrecillo puede tener, no dejó de sospechar que las visitas de Ribaldos no eran sólo para él.

Rompió con el joven con un mal pretexto, y le prohibió volver por su casa.

Cosi-Sancta se enfadó muchísimo, pero no se atrevió a decirlo; y Ribaldos, más enamorado por las dificultades, pasaba todo el tiempo espiando los momentos de verla. Se disfrazó de monje, de revendedora de artículos de tocador, de titiritero; pero no hizo lo suficiente para triunfar con su amada, e hizo demasiado para no ser reconocido por el marido. Si Cosi-Sancta hubiera estado de acuerdo con su enamorado, habrían tomado las medidas necesarias para que el marido no hubiera podido sospechar nada; mas, como ella luchaba contra su inclinación y no tenía nada que reprocharse, salvaba todo, menos las apariencias, y su marido la creía totalmente culpable.

El hombrecillo, que estaba muy furioso y que imaginaba que su honor dependía de la fidelidad de su mujer, la ultrajó con crueldad y la castigó por parecer hermosa a los demás. La joven se encontró en la más horrible situación en que una mujer pueda encontrarse: acusada injustamente y maltratada por un marido al que era fiel, y desgarrada por una pasión violenta que trataba de superar.

Creyó que, si su enamorado dejaba de perseguirla, su marido podría dejar de ser injusto, y que sería lo bastante feliz para curarse de un amor que ya no alimentaría nada. Con esta mira, se animó a escribir la siguiente carta a Ribaldos:

Si tenéis virtud, dejad de hacerme desdichada: me amáis y vuestro amor me expone a las sospechas y violencias de un dueño que me he dado para el resto de mi vida. ¡Plegue al cielo que éste sea el único riesgo que deba correr! Por piedad hacia mí, cesad vuestras persecuciones; os conjuro a ello por ese amor mismo que causa vuestra desdicha y la mía, y que nunca podrá haceros feliz.

La pobre Cosi-Sancta no había previsto que una carta tan cariñosa, aunque tan virtuosa, tendría un efecto totalmente contrario al que esperaba. Enardeció más que nunca el corazón de su enamorado, que decidió exponer su vida para ver a su amada.

Capito, que era lo bastante necio para querer estar al tanto de todo, y que tenía buenos espías, fue avisado de que Ribaldos se había

disfrazado de fraile carmelita para pedir caridad a su mujer. Se creyó perdido: pensó que el hábito de un carmelita era mucho más peligroso que cualquier otro para el honor de un marido. Apostó criados para zurrar al hermano Ribaldos; lo zurraron mejor de lo que esperaba. Al entrar en la casa, el joven fue recibido por aquellos señores: por más que gritó que era un carmelita muy honesto, y que no se trata así a pobres religiosos, fue molido a golpes, y murió, quince días más tarde, de un golpe que había recibido en la cabeza. Todas las mujeres de la ciudad lo lloraron. Cosi-Sancta no podía consolarse. Hasta el mismo Capito se enfadó, pero por un motivo completamente distinto: porque se encontraba con un buen lío entre manos.

Ribaldos era pariente del procónsul Acindino. Este romano quiso hacer un escarmiento ejemplar de aquel asesinato, y, como en el pasado había tenido algunas disputas con el tribunal de Hipona, no le importó mucho verse obligado a ahorcar a un consejero; y le agradó todavía más que esa suerte recayese en Capito, que era al más vanidoso e insoportable leguleyo del país.

Así pues, Cosi-Sancta había visto asesinar a su enamorado, y estaba a punto de ver ahorcar a su esposo; y todo, por haber sido virtuosa. Porque, como ya he dicho, si hubiera otorgado sus favores a Ribaldos, el marido habría salido mucho mejor parado.

Así fue como se cumplió la mitad de la predicción del cura. Cosi-Sancta se acordó entonces del oráculo; y temió mucho que se cumpliera el resto. Pero, tras haber reflexionado que no puede vencerse al destino, se abandonó en manos de la Providencia, que la llevó a la meta por los caminos más honestos del mundo.

El procónsul Acindino era hombre más disoluto que voluptuoso; le divertían poco los preliminares, era brutal, familiar, auténtico héroe de guarnición, muy temido en la provincia, y con quien todas las mujeres de Hipona habían tenido algo que ver, aunque sólo fuera para no tenerlo por enemigo.

Hizo venir a su casa a la señora Cosi-Sancta: llegó arrasada en lágrimas; pero eso mismo la volvía más encantadora. «Vuestro marido, señora, le dijo, va a ser colgado, y sólo de vos depende salvarlo. — Daría mi vida por la suya, le dijo la dama. — No es eso lo que se os pide, replicó el procónsul. — Entonces, ¿qué hay que hacer?, dijo

ella. — Sólo quiero una de vuestras noches, continuó el procónsul. — No me pertenecen, dijo Cosi-Sancta; ése es un bien que pertenece a mi marido. Daría mi sangre por salvarle; pero no puedo dar mi honor. — ¿Y si vuestro marido consiente?, dijo el procónsul. — Él es el dueño, respondió la dama; cada uno hace con sus bienes lo que quiere. Pero conozco a mi marido, no lo hará; es un hombrecillo testarudo, el más indicado para dejarse colgar antes que permitir que me toquen con la punta del dedo. — Eso ya lo veremos, dijo el juez furioso.»

Ordena en el acto traer a su presencia al criminal; le propone ser colgado o ser cornudo: no había duda posible. El hombrecillo, sin embargo, se hizo de rogar. Por fin hizo lo que cualquier otro habría hecho en su situación. Por caridad, su mujer le salvó la vida; y ésta fue la primera de las tres veces.

Ese mismo día su hijo enfermó de una dolencia muy rara, desconocida de todos los médicos de Hipona. Sólo uno conocía remedios contra aquella enfermedad; pero vivía en Áquila, a unas cuantas leguas de Hipona. En esa época, un médico establecido en una ciudad no podía salir de ella para ir a ejercer su profesión en otra. Cosi-Sancta se vio obligada a ir hasta su puerta en Áquila, con un hermano que tenía y al que amaba mucho. En los caminos fue asaltada por bandidos. Al jefe de estos caballeros le pareció muy hermosa; y, cuando estaban a punto de matar a su hermano, se acercó a ella y le dijo que, si se mostraba un poco complaciente, no matarían a su hermano, y que no le costaría nada. La cosa apremiaba: acababa de salvar la vida a su marido, al que apenas quería; iba a perder a un hermano al que quería mucho; la alarmaba además el peligro que corría su hijo; no había momento que perder. Se encomendó a Dios, e hizo cuanto quisieron; y ésta fue la segunda de las tres veces.

Ese mismo día llegó a Áquila, y se apeó delante de la casa del médico. Era uno de esos médicos de moda en cuya busca envían las mujeres cuando tienen vapores, o cuando no tienen nada. Era el confidente de unas, el amante de otras; un hombre cortés, complaciente, y algo peleado por otra parte con la Facultad, a la que había gastado muy malas pasadas en alguna ocasión.

Cosi-Sancta le expuso la enfermedad de su hijo y le ofreció un sestercio grande. (Debéis saber que un sestercio grande equivale,

en moneda francesa, a mil escudos y más².) «No es con esa moneda, señora, con la que pretendo ser pagado, dijo el galante médico. Yo mismo os ofrecería toda mi hacienda si tuvierais el gusto de cobrar las curas que podáis hacer: basta que me curéis del mal que me causáis, y yo devolveré la salud a vuestro hijo.»

La propuesta pareció extravagante a la dama, pero el destino la había habituado a las cosas raras. El médico era un obstinado que no quería otro pago por su remedio. Cosi-Sancta no tenía marido que consultar; ¡y corría el riesgo de dejar morir a un hijo al que adoraba, por culpa del socorro más pequeño del mundo que podía darle! Era tan buena madre como buena hermana. Compró el remedio al precio que se quiso; y ésta fue la última de las tres veces.

Volvió a Hipona con su hermano, que no cesaba de agradecerle, durante el camino, el valor con que le había salvado la vida.

Así Cosi-Sancta hizo perecer a su galán y condenar a muerte a su marido por haber sido demasiado prudente; y por haber sido complaciente, conservó la vida de su hermano, de su hijo y de su marido. Pareció lógico que una mujer como ella era muy necesaria en una familia, la canonizaron después de su muerte por haber hecho tanto bien a sus parientes mortificándose, y sobre su tumba grabaron:

Un pequeño mal por un gran bien.